

IDENTIDAD Y ALTERIDAD EN LOS MANUALES DE HISTORIA RIOPLATENSES. LAS REPRESENTACIONES DE PARAGUAY *

Tomás Sansón Corbo **

Resumen. A partir de un análisis sobre la significación de los manuales escolares en la construcción de las identidades nacionales, procuro: a) examinar las imágenes y representaciones sobre Paraguay contenidas en los textos de historia utilizados en Uruguay y Argentina; y b) ensayar una serie de reflexiones y propuestas que posibiliten una historia aceptable y favorezcan el proceso de integración regional.

Palabras clave: historia de la historiografía, discurso histórico, manuales, Paraguay, Uruguay, Argentina.

IDENTITY AND ALTERITY ON PLATINE HISTORY MANUALS. PARAGUAY REPRESENTATIONS

Abstract. From an analysis on school manuals meaning on national identities construction, I search: a) to examine images and representations on Paraguay on History texts used in Uruguay and Argentina; and b) to do an essay with reflections and proposals that enable an acceptable history and favors the process of regional integration.

Keywords: historiography history, historic discourse, manuals, Paraguay, Uruguay, Argentina.

IDENTIDADE E ALTERIDADE NOS MANUAIS DE HISTÓRIA RIO-PLATENSE. AS REPRESENTAÇÕES SOBRE O PARAGUAI

Resumo. A partir de uma análise sobre a significação dos manuais escolares na construção das identidades nacionais, procuro: a) examinar as imagens e representações sobre o Paraguai nos textos de história utilizados no Uruguai e na

* Artigo recebido em 10/04/2011. Aprovado em 11/05/2011.

** Professor Adjunto de História da Historiografia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Republica (Uruguay).

Argentina; e b) tentar uma série de reflexões e propostas que possibilitem uma história aceitável e favoreçam um processo de integração regional.

Palavras-chave: história da historiografia; discurso histórico; manuais; Paraguai; Uruguai; Argentina

DISCURSO DIDASCÁLICO Y ESTADOS-NACIÓN

Las transformaciones socioeconómicas y políticas producidas a nivel internacional en las décadas finales del siglo XIX, demandaron a las oligarquías rioplatenses una serie de medidas que permitieran a las jóvenes repúblicas una inserción eficaz en el mundo capitalista. Los elencos gobernantes procuraron fortalecer el Estado, modernizar el aparato productivo, y disciplinar las díscolas costumbres de sus habitantes imponiendo una moral burguesa. Debieron crear “ficciones orientadoras” (SHUMWAY, 1993), un conjunto de mitemas referenciales de carácter pretérito, que motorizaran proyectos de futuro.

La educación desempeñó un rol fundamental en tal operación. En función de su radical transformación, se emprendieron profundas reformas del sistema educativo primario bajo la orientación de personalidades como José Pedro Varela y Domingo Faustino Sarmiento. Los agentes del campo del poder definieron las políticas educativas, elaboraron los planes de estudio, influyeron en el diseño de programas y contenidos de los textos de las distintas asignaturas.

La historiografía fue uno de los mecanismos más eficaces en el proceso de construcción ideológica de los Estados-nación. Los manuales de historia contribuyeron en la creación, difusión e imposición de mitemas fundacionales. Los autores, apelando a diversas estrategias narrativo-argumentales, objetivaron y transmitieron las proposiciones esenciales del sociolecto encrático que devinieron en formulaciones arquetípicas del ser nacional, argentino o uruguayo.

La definición de las identidades nacionales implicó tanto la enunciación de un conjunto de factores que obrarían como religantes cohesivos, como de un repertorio de alteridades. La operacionalización de esta estrategia discursiva de carácter dialéctico permitió el afianzamiento de un “nosotros” inclusivo e integrador. Lo “propio” y lo “ajeno” no estaban asociados, necesaria y excluyentemente, a demarcaciones territoriales. Las alteridades podían fijarse dentro de los propios límites y referían a los diferentes: indios, negros, mestizos, inmigrantes. Las “otredades” (BEVERLEY; ACHUGAR, 1992) internas

y externas resultan fundamentales para entender los primeros relatos orientadores del ser nacional argentino o uruguayo; transversalizan las formaciones discursivas historiográficas (y no sólo) del sociolecto encrático en todos sus niveles. Lo propio implica, necesariamente, lo ajeno, otredad sospechosa, cuando no, enemiga.

Los manuales favorecen la creación y difusión de las verdades esenciales del discurso nacionalista. Atribuyen densidad cronológica y sentido pretérito e identitario al conjunto de individuos establecidos en un determinado territorio, creando memorias y utopías, construyendo el ser nacional, dando sentido al colectivo. Contienen, materializan, transmiten y, a través de estrategias narrativas precisas, procuran convencer al colectivo, de/con las certidumbres del sociolecto encrático. En el caso que nos ocupa, el Río de la Plata, permitieron imponer e internalizar prácticas y costumbres consideradas “saludables” –hábitos de trabajo, respeto, amor a la patria (=Estado)- y propias del buen ciudadano. Contribuyeron a formar personas obedientes, apegadas al orden jurídico que no alteraran la estabilidad política ni la paz social. Fueron -conjuntamente con los manuales de Geografía, Lectura y “Moral y Urbanidad”- una herramienta privilegiada en la definición de identidades y políticas de la memoria.

El aumento de la producción de textos de Historia es directamente proporcional a la profundización de los procesos de organización institucional y fortalecimiento del poder estático en Argentina y Uruguay.

La operacionalización pretérita de creación de mitologías de orígenes, padres fundadores y liturgias cívicas se efectivizó en dos niveles: el de la historiografía investigada y el de la enseñada. A las indagatorias precursoras de historiadores como Bartolomé Mitre y Francisco Bauzá (que fundaron los mitemas esenciales de las “naciones” argentina y uruguaya) siguieron, como consecuencia necesaria, los manuales de Antonio Luna y el Hermano Damasceno, por ejemplo, que divulgaron en sucesivas generaciones de alumnos, los axiomas fundamentales del sociolecto encrático. Historiadores y maestros fueron los agentes fundamentales de vulgarización de los relatos que crearon las “comunidades imaginadas” rioplatenses (ANDERSON, 1997).

Vamos a revisar, brevemente, las proposiciones fundamentales contenidas en el discurso didascálico que arquitecturaron las construcciones nacionalistas impuestas a través del sistema educativo. Lo haremos en dos momentos: primero referiremos los arquetipos

identitarios y luego el elenco de las alterizaciones correspondientes, particularmente las representaciones de Paraguay.

CONFIGURACIÓN DEL DISCURSO NACIONALISTA: LOS ARQUETIPOS IDENTITARIOS

Basamos nuestro análisis en un conjunto representativo de manuales publicados en las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX. Trasciende los límites de este trabajo estudiar los contextos de producción, basta indicar que fueron coetáneos con los procesos de modernización y definición de los imaginarios nacionalistas en Uruguay y Argentina. Utilizaremos, para el caso argentino, los textos de Juan María Gutiérrez (1876), Antonio Luna (1878), Agustín Pressinger (1880), Vicente Fidel López (1910) y Clemente Fregeiro (1913 [1876]); y para el uruguayo, los de Florencio Escardó (1876), Pablo Blanco Acevedo (1900), el Hermano Damasceno (1901)¹ (conocido como HD), y Eduardo Acevedo (1936).

Los autores pretendieron dotar al colectivo de una memoria integradora y cohesiva, viabilizadora de utopías realizables. La generalización del sistema educativo primario posibilitó la difusión masiva de esos relatos unificadores e incluyentes.

La base territorial adquirió importancia sustantiva en cuanto materialización primera de la nación, componente esencial y objetivamente de sus límites. Los autores uruguayos -motivados por la necesidad de consolidar el sentimiento nacional en un país pequeño, cuya independencia estaba constantemente amenazada por sus vecinos- identificaron un conjunto de parcialidades indígenas, dentro de lo que sería el Estado Oriental, y asignaron a cada una espacios de influencia y acción. Los charrúas fueron “los primeros pobladores del Uruguay” (ACEVEDO, 1936, p. 7) y se les atribuyó un sentimiento particularista, defensivo de sus “límites naturales”.

Las naciones, siguiendo una lógica prefigurativa de carácter providencial y esencialista, se habrían originado durante la dominación hispánica. En ese período se definieron los límites del Virreinato del Río de la Plata y se fueron delineando las circunscripciones territoriales que (miradas desde el presente de cada autor y en función de los conflictos

¹ Nombre religioso de Gilbert Perret, autor de origen francés, integrante de la congregación de los Hermanos de la Sagrada Familia, conocido popularmente como HD.

límitrofes o diplomáticos que se estaban dirimiendo entonces), pautarían la extensión de cada Estado. En tal sentido, “la República Argentina, (...), es la única sucesora legítima del antiguo Virreinato del Río de la Plata, cuyo límite Norte tocaba con el de la Nueva Andalucía en la corriente del Río Amazonas, sin embargo, tiene cuestiones pendientes tanto con Chile por el Sur como con Bolivia por el Norte” (PRESSINGER, 1880, p. 9-10).

La conformación territorial definitiva del antiguo Virreinato sufrió un proceso de desgarramiento y reconfiguración. Del territorio original surgirían cuatro naciones: Argentina, Paraguay, Bolivia y Uruguay. Primó una semántica anacrónica que circunscribió, territorial y conceptualmente, el pasado a los límites y realidades del presente del autor.

En el caso de la Banda Oriental, los historiadores estudiaron la administración española tomando como eje vertebrador la sucesión de gobernadores montevidianos, tal como lo harían posteriormente con los presidentes de la República. Utilizando una semántica particularista y excluyente atribuyeron a la gobernación un alto grado de autonomía. HD, refiriéndose a la situación del territorio oriental a inicios del siglo XIX, sostenía: “hallábase el Uruguay en un estado muy precario” (HD, 1901, p. 103), lo mismo que “el resto del país” (HD, 1901, p. 104). Desde el coloniaje Uruguay parecía tener existencia propia.

Existió coincidencia plena en establecer las invasiones inglesas como primer y glorioso capítulo de la gesta emancipadora.

Los autores presentaron el acontecimiento como una instancia de exaltación de la heroicidad, patriotismo y unión entre “españoles y criollos”, que ensayaron una “naciente democracia” en la cual el “pueblo” fue el “dueño del poder” (PRESSINGER, 1880, p. 125 y ss). Utilizaron categorías anacrónicas propias de una sociedad republicana: “los ciudadanos se arman” (PRESSINGER, 1880, capítulo XIX). Los pobres no aparecían en el relato, la liberación fue operada por una minoría ilustrada.

En esa encrucijada histórica se descubren los primeros esbozos de un sentimiento nacional basado en la convicción adquirida por los criollos de poseer fuerza para defenderse de un ataque extranjero y madurez para tomar decisiones acertadas.

Hubo diferencias de enfoque entre los autores argentinos y uruguayos, tanto en la exposición como en la interpretación de los acontecimientos. Los primeros atribuyeron al “pueblo” de Buenos Aires

el protagonismo exclusivo de la lucha, ocultaron, por ejemplo, el concurso de las fuerzas de Montevideo en la reconquista de la ciudad. Los segundos exaltaron la valentía, inteligencia y heroicidad de los habitantes y las autoridades de Montevideo, frente a la ineptitud del virrey y a la impericia de los porteños; una suerte de reivindicación historiográfico-nacionalista frente a lo que se consideraba una injusticia por parte de los historiadores argentinos que desconocieron los méritos “uruguayos” en la acción referida.

Los relatos de las causas y desarrollo de la Revolución son propios de una epopeya. Primó una impronta castrense y biográfica que eponimizó a personajes como José Artigas, José de San Martín y Manuel Belgrano. Ellos resultaron tributarios de las virtudes que las oligarquías gobernantes consideraban positivas y necesarias para la formación de los ciudadanos. La exposición de los hechos tiende a realizarse de forma segmentada, desconociendo o disimulando la lógica regional e incluso continental de la lucha independentista. Surgieron entonces, los relatos de la “revolución argentina” y de la “revolución oriental”, con sus respectivos héroes (San Martín y Artigas) y acontecimientos heroicos (“Exodo del Pueblo Oriental”, el “Cruce de los Andes”, entre otros).

Los manuales argentinos enaltecen los sucesos de Mayo de 1810 y explican el proceso revolucionario desde una doble perspectiva, glorificadora y victimizadora. El tono patriótico inflama la pluma de los autores procurando conmover al lector, y al mismo tiempo se plantean las derrotas “de las armas de la patria” (=de Buenos Aires) en función de la malicia y mediocridad de los caudillos provinciales, sostenidos por las masas incultas que entronizaron la barbarie.

Blanco Acevedo y HD explicaron la insurrección oriental como fenómeno autóctono y autónomo. Analizaron en clave de ajenidad la Revolución de Mayo: necesariamente debieron asumirla como causa ocasional de la Revolución, pero la presentaron como una consecuencia directa de la Junta de Montevideo de 1808 que en los hechos fue el primer rompimiento del orden colonial.

Cuando los autores argentinos exponen los sucesos de la Banda Oriental puede apreciarse en toda su magnitud la territorialización pretérita de las unidades nacionales surgidas de la crisis del orden colonial. Luna recuerda que, como consecuencia del armisticio del 20 de octubre de 1811 “debía retirarse el ejército argentino y el Brasilero del Estado Oriental” (LUNA, 1878, p. 136): identifica claramente la base

física de la Banda Oriental con el futuro Estado Oriental del Uruguay, del ejército de Buenos Aires con la Argentina, y del portugués con Brasil.

La dinámica identidad-alteridad deviene en recurso isotópico que, por reiteración, “*formateó*” los textos dándoles una aparente coherencia interna y transmitiendo certidumbres que se transformaron en axiomas patrióticos.

La identidad requirió necesariamente de alteridades confrontativas, sospechosas y, potencialmente, enemigas. Artigas se transformó en el personaje más controvertido. Mientras que los autores argentinos lo consideraron un bárbaro que tiranizó las provincias, para los uruguayos fue el adalid de la idea republicana y federal que defendió con empeñamiento frente a los proyectos monárquicos y centralistas del Directorio porteño.

El caudillo se transformó en “*padre de la patria*” y “*fundador de la nacionalidad oriental*”, numen inspirador de nobles ideales, el “único hombre que sustentaba los verdaderos principios de la revolución de Mayo” (BLANCO ACEVEDO, 1900, p. 93). Nótese la inversión discursiva de los méritos y fidelidades a la mítica Junta: mientras los manuales argentinos tildaban de traidor al Jefe de los Orientales, los uruguayos lo presentaban como el único que, en realidad, fue fiel a los ideales de aquélla. La derrota final de Artigas fue transformada en victoria ética. Sus ideales serían recogidos por Juan Antonio Lavalleja y los legendarios Treinta y Tres Orientales, que lucharían contra la dominación luso-brasileña logrando la anhelada independencia.

Los valores y características que la Argentina se autoasignó a fines del siglo XIX formaron una realidad imaginada, que no podía admitir fisuras. En este sentido, las ideas de república y libertad (que se habían entronizado en la década revolucionaria como rasgos indelebles de la esencia de la argentinidad), debieron ser defendidas y justificadas discursivamente cuando la historia las ponía en cuestión. La historiografía didáctica debió, no sólo narrar lo sucedido durante lo que algunos denominaron la “segunda disolución nacional” (LUNA, 1878, p. 171), sino, especialmente, explicar cómo fue posible la emergencia de un fenómeno como el de Juan Manuel de Rosas. La estrategia predominante (por parte de la historiografía liberal de matriz unitaria y sus versiones pedagógicas) implicó su alterización, presentarlo como una patología surgida en el cuerpo de la nación, una traición a los ideales de Mayo. Después de la derrota del tirano, habría comenzado un tiempo conflictivo pero esperanzador que culminaría con el proceso de organización

nacional (que tuvo en el Presidente Mitre su gran articulador político [e historiográfico]).

El largo proceso de guerras civiles e internacionales iniciado en Uruguay en 1830 y finalizado con la última revolución saravista de 1904 fue referido implícita o explícitamente en los manuales, como una etapa larga y triste de maduración política que posibilitó a los partidos uruguayos y a sus dirigentes superar la lucha militar por la contienda comicial.

LAS REPRESENTACIONES DE PARAGUAY

La historiografía en general, y la didascálica en particular, requieren necesariamente de una constelación de alteridades, correlato indispensable de la identidad. Lo “propio” se define en oposición a lo “ajeno”, de acuerdo a una dialéctica de reflejo y oposición. Los textos escolares, en su visión uniformizante y cohesionadora del pretérito, caracterizaron el “ser nacional” en función de un conjunto de alteridades endógenas (demonizadas e invisibilizadas como los indígenas²) y

² No podemos referirnos en detalle a una de las alterizaciones endógenas fundamentales que es el indígena, porque trasciende ampliamente el propósito de este artículo. Pero creemos conveniente formular algunas precisiones. En Argentina los primeros textos escolares fueron contemporáneos de la organización del Estado y de la “Campana del Desierto”. El indio era un “otro” del cual había que diferenciarse, distinguirse pues, desde los tiempos coloniales, se lo veía como un factor dispersivo, operaba en contra de los objetivos nacionalistas inclusivos, eran los “bárbaros” a quienes había que “civilizar” o eliminar. Una de las evaluaciones más explícitas y descarnadas de la “otredad indígena” la formuló López: “El éxito fue breve, fácil y completo. La Patagonia y todas las extensas comarcas del sur quedaron libres de los indios que infestaban nuestras campañas; y libre de peligros en una extensión de más de treinta mil leguas cuadradas, para entregarse tranquilamente a la ganadería, a la agricultura y al comercio. Esta grave cuestión de las fronteras venía siendo el tormento de todos los gobiernos argentinos” (LOPEZ, 1910, p. 945-946).

Los textos escolares uruguayos presentaban conceptos similares. Una de las formulaciones más duras y claras en este sentido la brinda Isidoro de María: “La tribu de los charrúas era la más números y mala. (...) Nosotros hablamos español y vivimos civilizadamente, porque descendemos en general de los españoles que ahora tres siglos desembarcaron en América y la conquistaron, quitando por la fuerza a los indios que la habitaban, los lugares en que hemos nacido. Los indios a quienes los conquistadores quitaron estas tierras, eran `bárbaros` y no `civilizados` como sus enemigos. Por lo mismo no eran capaces en su barbarie de comprender todos los beneficios que resultarían para el país ocupado por los conquistadores, y lucharon, como se verá, contra ellos, por más de dos siglos desde que Solís pisó este suelo” (DE MARIA, 1883, p. 8)

exógenas (otros países). Expusieron la idea de una historia de neto predominio de la “raza blanca”, europea, sobre las demás (mestiza, negra, india), en la construcción de la nación.

La territorialización pretérita de cada Estado-nación implicó la construcción de un “adentro” y un “afuera”; el “limes” funge como referente continentador de personas, sentimientos y procesos de carácter autónomo y autóctono. Este recurso fue tan importante que se proyectó al pasado prehispánico: Pablo Blanco, analizando las andanzas de Ortiz de Zárate en la región platense, no titubeó en afirmar que “desembarcó en tierra uruguaya” (BLANCO ACEVEDO, 1900, p. 20) y entró en contacto con los charrúas. Planteó una suerte de extrañamiento de los naturales: habitaban la comarca pero no les pertenecía, el español llegó a una tierra de uruguayos pero sin uruguayos, reclamando para el rey su propiedad. En un discurso de rasgos etnocéntricos se pretendía configurar en la mente de los alumnos la idea de que los charrúas eran los extranjeros –en una suerte de inversión del *uti possidetis, ita possideatis*–, usurpadores de un suelo que ocupaban desde tiempo inmemorial pero que no les pertenecía en virtud de una nueva legalidad impuesta por los españoles. Estos, en nombre de la “Providencia”, tenían derecho al usufructo del nuevo territorio. A orillas del río San Salvador, Ortiz de Zárate fundó “el primer pueblo que tuvo el Uruguay” (BLANCO ACEVEDO, 1900, p. 22). La fundación de ese núcleo poblado, por misérrimo y efímero que fuera, constituyó el comienzo de una nueva época para el territorio “nacional”, su ingreso a la historia.

En relación a los países vecinos, la historia enseñada en los manuales contenía referencias recelosas, explícitas y distantes. En el caso de los argentinos, Brasil era presentado como enemigo y con afán expansionista, Uruguay “como `territorio perdido` o `cedido` por la Argentina” (URIBARRI, 1999).³ Los textos uruguayos apelaron al recurso de la excepcionalidad y predestinación del territorio como estrategia discursivo-isotópica a efectos de convalidar la existencia de su

3 Uno de los pocos autores que estudió a Uruguay desde una perspectiva regional fue López (1910): en su relato la historia argentina no estaba constreñida por los difusos límites nacionales, el panorama histórico evolucionó al compás de acontecimientos interrelacionados; el escenario estaba conformado por las provincias argentinas, el Estado Oriental y Brasil, o, más precisamente, Río Grande. Luna encaró la historia uruguaya de manera sucinta y sumaria, parecía poco interesado en profundizar en el pasado de un Estado que no representaba una amenaza para el presente de Argentina y que le despertaba cierta simpatía (tal vez por haber sido Montevideo el lugar de refugio de los unitarios exiliados durante el rosismo).

pequeño Estado-Nación; las imágenes son de claro rechazo, en relación a Brasil⁴ y de cierta ambigüedad hacia Argentina.⁵

Vamos a estudiar a continuación las imágenes y representaciones que se formularon sobre Paraguay, es decir, la construcción discursiva de una alteridad compleja y difusa, realizada por agentes intelectuales de dos de los tres países que lo derrotaron en la trágica guerra de la Triple Alianza. Procuraremos realizar un análisis sinóptico de las formaciones discursivas didascálicas señalando las convicciones compartidas y los matices diferenciadores.

Los principios y valores que el sistema educativo argentino buscó imponer, a través de la enseñanza de la historia, respondían y reflejaban una verdadera concepción ideológica que exaltaba su grandeza y tenía un correlato negativo en relación con las naciones, personas o grupos que no cuadraban en la misma. (Con rotundidad se afirmaba, por ejemplo, que la eliminación de los indios permitió el establecimiento de poblaciones “blancas” y por ende de la “civilización”.) Los autores finalizaban sus obras con un tono francamente optimista destacando la singularidad y futuro promisorio de su nación. Resulta representativo el análisis de Vicente Fidel López sobre la significación de la “Capitalización definitiva de Buenos Aires”: permitió la integración de todas las provincias en la unidad nacional, proyecto que se había visto impedido por la acción del “gauchaje y las chusmas litorales” (LOPEZ, 1910, p. 947) manejadas al libre arbitrio de los caudillos como Artigas, Francisco Ramírez y

⁴ Para explicar los avatares sufridos por las misiones jesuíticas, HD (1901) articuló una explicación dialéctica de carácter maniqueo (bueno-malo, indios misioneros-mamelucos paulistas, nacionales-extranjeros) que ejerció profunda influencia en la mente de los niños y adolescentes. El relato era, en suma, un cuento destinado a aleccionar y requería, por tanto, de estrategias discursivas convincentes. Esto le permitió, en una perspectiva de larga duración, alterar a los portugueses primero y a los brasileiros después, como extranjeros potencialmente peligrosos que deseaban extender sus fronteras hasta el Río de la Plata: “La riqueza de este territorio y el interés que despertó la extracción del corambre y del tasajo, excitó luego la codicia de los portugueses que desde entonces intentaron apoderarse del Uruguay” (HD, 1901, p. 69).

⁵ Con respecto a la Argentina, los autores explicitan cierto grado de simpatía, originado seguramente, en los estrechos vínculos gestados durante el exilio unitario en Montevideo (de los cuales es buen testimonio la amistad surgida entre Andrés Bello y Bartolomé Mitre). Los dicterios no se dirigían hacia el moderno Estado argentino, sino hacia el “gobierno porteño” que hostigó en todos los planos al prócer José Artigas. El enfrentamiento se planteaba como un conflicto de ideas referidas a la organización política del nuevo Estado: las artiguistas, favorables a la soberanía particular de los pueblos, basadas en un sistema republicano y federal, y las centralistas y monárquicas de los patricios bonaerenses.

Estanislao López. Estos parámetros resultan fundamentales para comprender la preceptiva de abordaje de la historia de Paraguay, entidad asumida y contemplada desde la ajenidad y el rechazo, cuando no desde el desprecio.

Las imágenes y representaciones de Paraguay en la historiografía didascálica argentina son escasas, profundamente negativas y subsidiarias (exclusivamente funcionales al proceso argentino). Estaban formuladas apelando a una estrategia discursiva barbarizante de clara filiación sarmientina: sugerían una cierta asociación entre los habitantes de ese territorio (guaraníes, criollos y mestizos) con las tribus indígenas que fueron masacradas y subyugadas en la Campaña del Desierto, y de sus gobernantes con los caudillos federales. La historia paraguaya fue asumida como un largo proceso de aislamiento, deterioro moral y sumisión colectiva a los dictadores de turno. Esta preceptiva hermenéutica se utilizó incluso para exponer las causas de la guerra de la Triple Alianza. Los autores necesitaban explicar la “barbarie” paraguaya en clave pretérita como recurso para justificar, entre otras cosas, ese conflicto.

Solamente Luna (1878) consideró de forma panorámica la historia paraguaya. Parecía interesado en encontrar claves explicativas de lo que podríamos denominar el “carácter guaraní”. Dedicó un capítulo entero a estudiar su evolución, desde el descubrimiento y conquista hasta 1878, amén de incorporarlo al relato en todas aquellas ocasiones en que el devenir de Argentina lo requería. Atribuyó a los indígenas moradores de su territorio en el período prehispánico una serie de cualidades reprobables⁶ que parecen haber establecido un cierto condicionamiento genético sobre los futuros habitantes de esa “República”. También Fregeiro estudió a los indios guaraníes, pero desde una perspectiva distinta, los consideró la principal etnia rioplatense, por cantidad de miembros y nivel cultural alcanzado; destacó que practicaban la agricultura -característica distintiva que denotaba una “relativa civilización” (FREGEIRO, 1913, t. I, p. 84)-, su colaboración con los españoles como guías e informantes, y que los caciques entregaron a sus hijas para que se unieran con los europeos favoreciendo un importante proceso de mestizaje.

Sobre las misiones jesuíticas hay escasas referencias, solamente Fregeiro las analizó con relativa profundidad. Las consideró una

⁶ “Eran poco laboriosos y sus costumbres no pudieron ser más inmorales: fueron polígamos y antropófagos algunos” (LUNA, 1878, p. 187).

experiencia singular que contribuyó a “reducir a la vida civilizada a hombres que habían nacido, crecido y vivido en medio de bosques seculares y en la más completa ociosidad” (FREGEIRO, 1913, t. I, p.170). Los frutos del trabajo eran de la comunidad y no del individuo o familia que los producía, los indios “no gozaban de su plena libertad de hombres” (FREGEIRO, 1913, t. I, p. 171). Criticó a los religiosos por tratarlos como “niños grandes” e incapaces de tomar decisiones por sí mismos. El impedimento de hablar castellano y la imposición del guaraní como lengua única, contribuyó a fomentar el aislamiento. Aunque el autor no estableció una relación de causa-efecto, todo lleva a suponer en el lector que la experiencia misionera influyó en la gestación de ciertos rasgos psicosociales de una parte importante de la población paraguaya (la natural sumisión de los indígenas) que serían aprovechados por los dictadores del siglo XIX para fomentar el desarrollo de un Estado autárquico y aislado.

Antonio Luna consideró la expulsión de los religiosos como un hecho trágico que dejó profundas consecuencias:

Sembróse el odio y el fanatismo por todas partes, y preparóse la triste situación a que, algunos años después, quedó reducido aquel rico y fecundo país. En medio de las disensiones internas y bajo el peso del más absurdo fanatismo, el Paraguay marchaba con toda precipitación hacia el más egoísta aislamiento y hacia el más ignominioso despotismo que soportó durante muchos años (LUNA, 1878, p. 194).

Los relatos sobre el período colonial se organizaron en función de las administraciones de adelantados y gobernadores. La gestión de Hernandarias, primer criollo que ocupó la gobernación, fue destacada por Luna, especialmente por haber promovido la evangelización de los indios y plantear la división del territorio en dos circunscripciones para mejorar la administración.

El proceso de aislamiento se habría reforzado durante el período virreinal (1776-1810) por la acción de gobernadores arbitrarios que aprovecharon el carácter sumiso del pueblo. Lázaro Rivero fue uno de los primeros tiranos, “fundador de la larga opresión de esta desgraciada nación” (LUNA, 1878, p. 195). Del discurso de Luna emana una visión compasiva hacia el pueblo paraguayo que parecía destinado al sufrimiento y con una predisposición casi genética a la sumisión que favorecería el surgimiento de déspotas. El pueblo, envilecido, “se halló dispuesto a soportar, no solamente el tutelaje de la madre patria, sino también los

más estúpidos caprichos de los voluntarios déspotas, que, desde sus corruptoras orgías azotaron el rostro de los autómatas paraguayos” (LUNA, 1878, p. 133). Un colectivo sin voluntad, indiferente a las requisitorias de la Junta de Mayo en pro de su libertad, proclive a ser víctima del autoritarismo.

La “nación paraguaya” fue identificada con una serie de características estructurales que perdurarían en la larga duración y explicarían su derrotero: ignorancia, sumisión, barbarie y aislamiento. Notas que la distinguieron (y pautan una antítesis con la grandeza) de Argentina.

Todos los autores refieren “el bien combinado plan que abrió las memorables campañas de nuestra gloriosa emancipación” (LUNA, 1878, p. 130): el envío de expediciones a las zonas del virreinato que no reconocieron la autoridad de la Junta, el Alto Perú y Paraguay. Fueron presentadas como misiones redentoras que llevaban a los pueblos oprimidos la “buena nueva” de la Revolución. Los fracasos en Bolivia y Paraguay se explicaron, fundamentalmente, por la superioridad numérica de los ejércitos españoles y la incomprensión de muchos naturales que no supieron comprender el mensaje emancipador gestado en Buenos Aires.

El fracaso de Belgrano se transformó, discursivamente, en una victoria ética de largo plazo pues “dejó tras él los gérmenes de la revolución del Paraguay, que estalló contra las autoridades españolas en mayo del mismo año 1811” (GUTTIERREZ, 1876, p. 119). Poco tiempo después “de la retirada del general Belgrano, los paraguayos realizaron su emancipación, destituyeron al gobernador Velasco y formaron un gobierno de Junta. Decididos a no tomar parte ninguna en los negocios argentinos y uruguayos, se condensaron a lo exclusivamente suyo, quedado como clausurados en su lejana región” (LOPEZ, 1910, p. 356).

Luna fue más específico, afirmó que Belgrano influyó en algunos oficiales paraguayos, especialmente sobre el general Cabañas, explicándoles la situación de España y los elevados propósitos de la Junta porteña. Gracias a esta iniciativa, “la revolución penetró en el Paraguay, y las primeras manifestaciones de aquel pueblo, en pro de su propia soberanía, fueron sofocadas por la férrea mano del doctor Francia” (LUNA, 1878, p. 135).

Gaspar Rodríguez de Francia fue presentado como la personificación de todos los males, encarnación primaria del autoritarismo que sojuzgó y bestializó al pueblo paraguayo, el primero de

una serie de dictadores que se transformaron en una amenaza para los países vecinos:

La revolución interna tuvo allí también alternativas y desórdenes; hasta que por una serie de cambios que no son ya de nuestra historia, cayeron en manos del Dictador don José Gaspar de Francia y quedaron completamente clausurados del mundo exterior, bajo el yugo de este tirano sombrío y tétrico, que así de lejos, como un ser excepcional y mitológico, como un nuevo Minotauro encerrado en otro laberinto inextricable de selvas primitivas y ríos, ha hecho sonar su nombre por el mundo como una de las curiosidades patológico-morales del siglo XIX (LOPEZ, 1910, p. 356).

La declaración de independencia de Paraguay, producida en abril de 1811, fue sustentable debido a su retraimiento y, fundamentalmente a los sacrificios de orientales y argentinos que, luchando por sus propios intereses, impidieron que las fuerzas realistas penetraran en ese territorio. Francia gobernó como un tirano bajo apariencias republicanas. La historia paraguaya entre 1810 y 1870 estuvo jalonada por los gobiernos despóticos de Francia y los López que fortalecieron militarmente la República pero la hundieron culturalmente.

Vicente Fidel López, como indicamos *ut supra*, realizó un abordaje regional de la historia. Procuró explicar los acontecimientos de manera integrada, en una narración que diera sentido lógico -por el juego de influencias mutuas y contactos entre partidos y personas- a los acontecimientos de las comarcas respectivas. Es muy interesante su análisis de la situación de Paraguay durante la coyuntura de la Guerra Grande (1839-1852): Rosas no había reconocido su independencia y lo consideraba una provincia rebelde “perteneciente de derecho a la nacionalidad argentina” (LOPEZ, 1910, p. 912). El gobierno de Paraguay temía que la ocupación de Montevideo determinara que un ejército argentino-uruguayo pudiera marchar para someterlo, en tal sentido, negoció un tratado ofensivo-defensivo con Corrientes y el gobierno de Montevideo a efectos de contar con apoyo para la eventualidad de un conflicto.

También intentó contextualizar las causas de la guerra de 1865 en un marco regional y geopolítico. Remontó sus antecedentes al año 1858 cuando varios dirigentes del Partido Colorado de Uruguay debieron exiliarse en Buenos Aires por problemas de política interna: éstos apoyaron a Mitre y favorecieron su camino hacia la presidencia, se estableció una firme amistad y alianza entre los colorados y el gobierno

argentino; concomitantemente, las relaciones entre Paraguay y Brasil se fueron deteriorando por disputas fronterizas. En busca de aliados, Brasil apoyó una revolución organizada por el General Flores y los colorados, contra el gobierno del Partido Blanco en Uruguay, que le permitió al rebelde tomar el poder.

Los autores argentinos atribuyeron a Paraguay la responsabilidad absoluta del conflicto.⁷ Debían justificar, de alguna manera, la acción bélica emprendida por su gobierno conjuntamente con los de Brasil y Uruguay. El recurso elegido consistió en presentarla como una acción necesaria y redentora, no sólo para seguridad de los aliados, sino en beneficio de los propios paraguayos, para lograr su libertad. Participaron en contra de su voluntad, lucharon contra el gobierno del déspota Francisco Solano López⁸, no contra el pueblo paraguayo al que elogiaron por su valor y heroísmo.

Resultan muy interesante los matices con que Vicente Fidel López explicó la actitud de los distintos contendientes: Argentina y Uruguay intervinieron con un propósito humanitario, civilizador y redentor⁹, para liberar al pueblo paraguayo de un déspota que lo oprimía. Al describir las acciones bélicas, no ahorró epítetos ni detalles para graficar la crueldad del dictador: fue él, en última instancia, quien

⁷ Para Luna, la guerra fue el resultado del afán expansionista de Francisco Solano López. Paraguay “se declaró en guerra con el Brasil” (LUNA, 1878, p. 183) y Argentina se vio forzada a ingresar en el conflicto porque Solano López “se apoderó de algunos buques de guerra argentinos” (LUNA, 1878, p. 183) ante la negativa de Mitre de permitirle pasar fuerzas militares por su territorio. Fregeiro obvió el conflicto original con el Brasil y responsabilizó exclusivamente a Solano López de la captura de dos buques de guerra en el puerto de Corrientes, lo que representó un insulto “al honor nacional” y dio “lugar a la guerra” (FREGEIRO 1913, t. II, p. 240).

⁸ “Las malas condiciones de su gobierno, la infatuación torpe del hombre, la arrogancia ridícula, intolerante y deprimente que se permitía en sus relaciones con los demás gobiernos inmediatos, y ese no se qué que provoca antipatías profundas, hizo fácil que el gobierno argentino y el nuevo gobierno oriental se entendiesen con el brasileiro, cerrando los ojos desgraciadamente sobre la profunda diferencia de los móviles que cada uno tenía. Se formó así esa `triple alianza`. Los argentinos y los orientales entraron en ella contra el déspota del Paraguay, pero no contra el Paraguay como los brasileiros” (LOPEZ, 1910, p. 942).

⁹ “(...) los ejércitos aliados, despedazando las cadenas que oprimieron al pueblo paraguayo durante tantos años, presenciaron su exterminio y recibieron el último aliento del monstruo Solano López, quien, después de haber sacrificado a los heroicos hijos del Paraguay, en aras de la propagación del terror y de los atentados internacionales, murió cubierto de lodo, como el más digno manto funerario de los Calígulas americanos” (LUNA, 1878, p. 196).

provocó más víctimas paraguayas en la guerra debido a los sacrificios enormes que impuso al pueblo. La “República Argentina salió de esta guerra como de las anteriores, honrada y generosa pero burlada. Tuvo que renunciar un hermoso territorio: hubo de tener graves conflictos con el Brasil, que se atribuyó en todo la parte del León” (LOPEZ, 1910, p. 943).

Las representaciones sobre Paraguay contenidas en los manuales uruguayos tienen algunos aspectos parangonables con las de sus similares de Argentina y otros discordantes.

Las referencias al período colonial fueron escasas. Blanco Acevedo (coherente con su concepción esencialista de las naciones y con el procedimiento de proyección pretérita de los límites territoriales de su presente) identificó a Hernandarias como gobernador del Paraguay, pero el territorio evocado no era el de la gobernación que tenía jurisdicción sobre lo que sería el futuro Virreinato, sino al país guaraní *stricto sensu*; sus perfiles se van dibujando progresivamente por oposición a las otras configuraciones territoriales protonacionales.

Para HD la creación de la gobernación de Buenos Aires fue causa de una temprana decadencia de Paraguay pues le cercenó una parte importante y rica de los territorios platenses. Los gobernantes posteriores a Hernandarias fueron incapaces de recuperar el antiguo esplendor y de enfrentar las agresiones portuguesas. En esa coyuntura estarían las claves explicativas de las características futuras de esa nación.

Citando un fragmento de un historiador argentino, HD sentenció:

La única importancia del Paraguay (...) fue debida a las misiones de los jesuitas, cuyos resultados superaron al de todas las empresas análogas emprendidas por la fe. La falta de contacto con los demás pueblos, el despotismo de los encomenderos, las conmociones ocurridas allí, la acción del clima, la falta de objetivo para la ambición, han sido los elementos productores del carácter político y social del Paraguay en la historia de América (HD, 1901, p. 61).

No existen mayores referencias sobre el Paraguay indígena y colonial, los rasgos de ese territorio se difuminan hasta el advenimiento de la Revolución. HD destacó las relaciones epistolares establecidas en 1812 entre Artigas y el “arisco Gobierno del Paraguay” (HD, 1901, p. 161). La expresión “arisco” es altamente significativa, refuerza la idea de rebeldía y aislamiento.

Sobre el exilio de Artigas y las peripecias que vivió en Paraguay, hubo total coincidencia entre los autores: el exilio guaraní brindó al “Protector de los Pueblo Libres” un cobijo en su vejez, un remanso de paz donde pasar sus últimos años de vida con cierta dignidad. No formulan juicios demasiado duros sobre Francia y Carlos Antonio López, quienes tributaron hospitalidad al ilustre personaje. Solamente se consigna que Francia se negó, en reiteradas ocasiones, a concederle una entrevista al caudillo oriental.

El proceso histórico del siglo XIX fue articulado en torno a las figuras de Gaspar Rodríguez de Francia, Carlos Antonio López y Francisco Solano López. Los autores relativizaron los factores coyunturales y privilegiaron al gran personaje como factor explicativo.

Francia gobernó cruelmente, era un “sombrio dictador” (HD, 1901, p. 233) que no vaciló en encarcelar o asesinar a cualquier sospechoso de conspiración. Sus excesos “prueban, como decía cierta persona del Paraguay, que de la revolución francesa lo que más le había gustado era la guillotina” (ESCARDO, 1876, p. 197). Carlos Antonio López, aunque “sucesor de Francia y tirano como él”, parecía más humano y civilizado, actitudes evidenciadas cuando “trasladó a Artigas a una habitación más cómoda en Ibiray, unos 12 kilómetros al norte de la Asunción” (HD, 1901, p. 237). Administró el país de manera irresponsable y chabacana: “S.E., por lo general, en aquel país de perpetuo verano, recibía en calzoncillos, recostado en una hamaca” (ESCARDO, 1876, p. 200).

Las explicaciones sobre la guerra de la Triple Alianza tienen coincidencias parciales con las de sus colegas argentinos y algunas divergencias significativas.

Una de las explicaciones más panorámicas e ilustrativas la realizó HD. Expuso esquemáticamente sus causas¹⁰ revelando una cierta conmiseración con el pueblo paraguayo al que enalteció por la heroica resistencia que presentó a las fuerzas coaligadas. Realizó un abordaje de la situación similar al que hizo con Rosas en la encrucijada de la Guerra Grande: el dictador era el enemigo, no el noble pueblo argentino al que sojuzgó por la fuerza. En este caso, de manera más elíptica, estableció una distinción entre el tirano López y el pueblo guaraní.

¹⁰ López protestó contra el apoyo brindado por Brasil a Venancio Flores, quien pretendía tomar el poder en Uruguay; como la misma fue ignorada, el gobernante paraguayo declaró la guerra, a Brasil primero y, sin dar mayores razones que una difusa disputa fronteriza, a la Argentina después.

Es interesante considerar cómo describió las condiciones en que murió López: “Al fin refugióse en los bosques, donde, vendido por sus servidores, derribado, de rodillas en el fango, y enterrado casi por completo en un lodazal, fue ultimado a tiros y golpes de lanza” (HD, 1901, p. 364). Subrayó la cobardía del “tirano”, incapaz de morir en combate. La descripción del escenario sugiere que sucumbió cubierto de vergüenza y deshonor. Por contraste, “los paraguayos desplegaron un valor inaudito en defensa de su suelo, batiendo a los aliados en el Estero Bellaco y en Curupaití, pero fueron destrozados en las batallas de Yatay, Humaytá, Peribebuy, Curuguatí, etc” (HD, 1901, p. 364).

El resultado de la contienda fue trágico:

Paraguay quedó casi completamente arruinado por esta sangrienta guerra. De cerca de un millón de habitantes que contaba en 1865, la población quedó reducida a unas 200.000 almas, mujeres y niños en su casi totalidad. El señor don Carlos M. Maeso, en sus ‘Glorias uruguayas’, condena el origen y las causas de esta sangrienta guerra, que casi aniquiló un pueblo viril y hermano, y que a pesar de su heroísmo en defender el suelo patrio, se quedó destrozado y arruinado (HD, 1901, p. 366).

Eduardo Acevedo (1936) formuló algunos matices interesantes: no censuró el aislacionismo paraguayo ni juzgó a sus dirigentes, los consideró como a los demás de la región. En el análisis sobre las causas de la guerra coincidió con los manuales anteriores, aunque aportó algunas novedades sobre las acciones concretas de Brasil y Argentina en el apoyo a Flores y las tratativas diplomáticas que marcharon paralelas a los acontecimientos bélicos. La guerra fue declarada por Paraguay a Brasil “persuadido de que a raíz de la caída de Montevideo se le plantearía el problema de límites en condiciones muy desventajosas. Había una dificultad, sin embargo. Las tropas paraguayas necesitaban abrirse camino a través de la Provincia de Corrientes, para llevar adelante las operaciones de la guerra” (ACEVEDO, 1936, p. 93). Como Argentina, en acuerdo con Brasil y con Flores, le negó a Paraguay la autorización para pasar por su territorio, Solano López le declaró la guerra y entró por la fuerza en Corrientes.

En un tono que pretende ser neutral y objetivo, Eduardo Acevedo consideró que fue una guerra injusta y cruel:

La República Oriental había concurrido a una guerra que aparentemente era contra el Gobierno Paraguay, pero que en el fondo era de conquista de territorios (...) [los prisioneros

paraguayos del Yatay y de Uruguayana fueron distribuidos entre los batallones y regimientos de los tres países aliados y algunos de ellos llevados a Río Grande y vendidos como esclavos: dos actos de barbarie que arrojan densas sombras sobre los preliminares de esta guerra (ACEVEDO, 1936, p. 95).

De todos los manuales estudiados, éste es el único que de manera tan explícita ofrece datos y valoraciones negativas hacia la acción de las fuerzas de la Triple Alianza y “barbariza” a los supuestos “redentores” de la nación guaraní. Esta significativa variación está vinculada a un cambio de perspectiva historiográfica en Uruguay: los criterios de la tradición historiográfica liberal de matriz unitaria, que habían gestado la leyenda negra artiguista, estaban definitivamente superados. La tesis independentista clásica reinaba sin cuestionamiento. De acuerdo a la nueva preceptiva hermenéutica, los caudillos, Artigas el primero, fueron artífices fundamentales de las glorias de los pueblos del Plata, no déspotas que sembraron la anarquía y el terror. En tal sentido, la supuesta “barbarie” de los líderes paraguayos, debía ser relativizada o, por lo menos, reconsiderada.

LOS DESAFÍOS DE UNA HISTORIA EN CLAVE DE INTEGRACIÓN

El acelerado (y necesario) proceso de integración latinoamericana plantea el desafío de elaborar una *“una agenda para una historia aceptable”*. Esto implica superar las visiones acuñadas desde el siglo XIX que hicieron del Estado-Nación el foco principal y excluyente de análisis. Se trata de un desafío multidimensional que supone tomar decisiones y elaborar estrategias concretas en diversos niveles, su análisis sugiere un conjunto de propuestas de acción:

a) **Político.** Los gobiernos que tienen en sus manos la conducción de los “Estados-nación” deberían estimular una integración cultural efectiva (correlato necesario de la económica) para evitar desfasajes entre los imaginarios (todavía) nacionalistas y las situaciones objetivas. Si en el siglo XIX se crearon e impusieron identidades nacionales a través de la escuela, por qué no soñar hoy con la posibilidad de implementar referentes identitarios mercosurianos que fomenten, incluso, una nueva ciudadanía. Esto permitiría superar preconceptos y laborar en pro del conocimiento de ese “otro” que fue ignorado o invisibilizado en aras de la identificación de un “nosotros” homogéneo, unitario, filoeuropeo y por supuesto, “blanco”.

b) **Epistemológico.** Desde el punto de vista de la teoría de la Historia hoy no se sostiene la enseñanza de la “historia en un solo país” por constituir una escala de abordaje absolutamente recortada (cronológica y geográficamente). Impide la comprensión global y cabal de los acontecimientos y procesos que no respetan fronteras. Un enfoque científico requiere miradas de escala regional y continental que rescaten los proyectos de unidad esbozados por los libertadores americanos. Sólo así podrá comprenderse la evolución de América Latina en su conjunto, y de los países del Cono Sur en particular -antes y después de la balcanización rioplatense operada en el trágico acontecimiento bisagra de la guerra de la Triple Alianza-. Disponemos de los recursos heurísticos y de las herramientas hermenéuticas para hacerlo.

c) **Didáctico.** Los docentes y las autoridades educativas son, en última instancia, los que tienen la posibilidad de generar contenidos y estrategias curriculares proactivas.¹¹ En tal sentido, sería conveniente: a) Estimular los vínculos y las instancias de encuentro entre “el saber experto” y la “práctica docente”, que los aportes de la “historia investigada” por los historiadores lleguen más rápidamente a las aulas, es decir, se transformen en “historia enseñada”. b) Maximizar la utilización de los recursos informáticos para establecer redes internacionales de alumnos y docentes, formando comunidades de aprendizaje dinámicas sobre tópicos diversos que pueden ir desde lo histórico-geográfico hasta aspectos lúdicos-socializadores.¹²

d) **Ético.** La educación para la integración no pasa solamente por contenidos históricos, geográficos o de “formación ciudadana”. Es necesaria también, una formación en valores que fortalezca y fomente actitudes de comprensión, confianza y tolerancia mutua que aseguren un clima de paz y cooperación entre nuestros países. El conocimiento, valoración y respeto del patrimonio y las tradiciones culturales es imprescindible para una integración efectiva y una convivencia armónica y plena entre nuestros pueblos. Enseñar a conocer y aceptar lo diverso, esa parece ser la condición *sine qua non* para que los “otros” se asuman

¹¹ En Uruguay se registró un importante avance en este sentido al incluir en el diseño curricular de la carrera de Profesorado de Historia (contextualizada en el **Sistema Único Nacional de Formación Docente 2008**) un enfoque que tiende a superar las historias centradas en el Estado-nación.

¹² Contamos con los recursos para ello, en Uruguay, por ejemplo, se ha implementado el denominado Plan CEIBAL (*“Conectividad Educativa de Informática Básica para el Aprendizaje en Línea”*) cuyo espíritu y eficacia se puede resumir en el slogan *“un niño, una computadora”*.

como parte de un “nosotros” ampliado, para que las fronteras no sean una franja de cesura sino espacios de encuentro.

CONCLUSIÓN

El análisis de la producción didascálica uruguaya y argentina constituye un observatorio privilegiado para conocer los procesos de construcción de los Estados-nación. Apelando a una estrategia discursiva de carácter dialéctico, los historiadores (verdaderos agentes intelectuales transmisores de las proposiciones esenciales del sociolecto encrático) articularon un corpus de mitemas referenciales, de carácter cohesivo e identitario, que se masificaron y vulgarizaron a través del sistema educativo.

Las interpretaciones sobre la historia de Paraguay contenidas en los textos escolares permiten apreciar cómo fue necesario establecer alterizaciones esquemáticas y descalificadoras de un “afuera” amenazante y peligroso, como correlato necesario de la creación de un “adentro” armónico y funcional a los intereses de las oligarquías gobernantes.

Durante el siglo XX primó una historiografía didascálica basada en criterios exclusiva y excluyentemente nacionalistas actualmente insostenibles. Es necesario repensar planes, programas y textos de enseñanza. No se trata de renunciar y aplanar las identidades locales en pos de una nueva identidad global, al contrario, las primeras deben sostenerse y fortalecerse para que la segunda sea viable: sólo desde una sólida memoria cultural autóctona se puede proyectar una memoria regional rica, que se retroalimente en una dinámica de complementación, conocimiento mutuo y recreación de lo propio.

Los cientistas del pasado continúan siendo agentes activos en la tarea nunca acabada y siempre necesaria, de (re)construir pretéritos y generar utopías. Partiendo de la certidumbre de que las naciones no son entidades “esenciales”, naturales o providenciales, sino constructos históricos de carácter político y cultural (literario, poético, pictórico, filosófico), llamadas a colaborar entre sí por un futuro mejor para nuestra América Latina, creemos que otra historia es posible.

REFERÊNCIAS

- ACEVEDO, Eduardo. *Manual de Historia Uruguaya desde los tiempos heroicos de la fundación del pueblo uruguayo por Artigas, a base de los grandes ideales de la democracia y la libertad, hasta 1935*. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada, 1936.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- BEVERLEY, Jhon; ACHUGAR, Hugo (Editores). *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Lima/Pittsburgh: Latinoamericana Editores, 1992.
- BLANCO ACEVEDO, Pablo. *Historia de la República Oriental de Uruguay escrita con arreglo al Programa de Ingreso a la Universidad*. Montevideo: Dornaleche y Reyes Editores, 1900.
- DE MARIA, Isidoro. *Elementos de historia de la República Oriental del Uruguay para uso de las escuelas*. Montevideo: Imprenta y Encuadernación de Rius y Becchi, 1883.
- ESCARDO, Florencio. *Estadística y descriptiva con tradiciones orales de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta el año de 1876*. Adoptada en las escuelas municipales de la República Oriental del Uruguay como texto de lecciones orales. Montevideo: Imprenta de La Tribuna, 1876.
- FREGEIRO, Clemente. *Lecciones de historia argentina*. (2 t.). 10ª. ed. Buenos Aires: Librería Rivadavia, 1913.
- GUTTIERREZ, Juan María. *La historia argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas*. Desde el Descubrimiento hasta la adopción de la Constitución Nacional, cuyo espíritu se explica en este Compendio histórico. 3ª. ed. Buenos Aires: Carlos Casavalle Editor, 1876.
- HERMANO DAMASCENO (HD). *Ensayo de Historia Patria*. Montevideo: Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1901.
- LOPEZ, Vicente Fidel. *Manual de historia argentina dedicado a las maestras y profesores que la enseñan*. Buenos Aires: Casavalle, 1910.
- LUNA, Antonio. *Compendio de Historia de América, para los Colegios Nacionales de la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1878.
- PRESSINGER, Agustín. *Lecciones de historia nacional*. Buenos Aires: Imprenta Ostwald, 1880.

SHUMWAY, Nicolás. *La invención de la Argentina*. Historia de una idea. Buenos Aires: EMECE, 1993

URIBARRI, Daniela. “Nosotros” y “los Otros” en los manuales escolares. Identidad nacional y MERCOSUR. In: *Cuadernos para el Debate*. Buenos Aires, n.2, p. 1-31, 1999.

